

mayo, á las cinco de la tarde, dos meses y tres días después de haber salido de la capital.

El domingo, 21 de mayo, la población parisiense, mantenida en una engañosa seguridad merced á la lectura de los boletines oficiales que anunciaban invariablemente noches tranquilas, atrevidas descubiertas, ataques rechazados y un tiro tan certero que asombraba al enemigo, había llenado las Tullerías y los Campos Elíseos y saboreado las delicias de una tarde espléndida. La *Commune*, compartiendo aquella quietud, había juzgado y absuelto á Cluseret. Todos estaban á cien leguas del ejército de Versalles que avanzaba por el camino de ronda, á pocos kilómetros de la Casa de la Ciudad, y, cinco horas después de haber sido forzada la puerta de Auteuil, el observatorio del Arco de Triunfo negaba la entrada de los versalleses.

Los elementos de resistencia que aún contaba París en el momento de entrar en él las tropas de Versalles, eran muy complejos y obedecían á los móviles más diversos. Muchos federados creían en conciencia combatir por la República. Otros, que, desde hacía meses, respiraban una atmósfera artificial y malsana, sostenían la lucha por la lucha, porque no hacían otra cosa desde el 4 de septiembre, sin prever y sin desear el fin. Los patriotas exaltados volvieron contra los franceses un sentimiento legítimo que no habían podido satisfacer contra los prusianos. La envidia, el odio, las reivindicaciones sociales armaron también algunos brazos, aunque menos que el olvido del trabajo y los hábitos de embriaguez contraídos durante el primer sitio y conservados durante el segundo. Tan diversos sentimientos hacían de una gran masa de hombres un instrumento dócil en manos de los cabecillas. Estos eran sectarios que veían desvanecerse sus ilusiones, vanidosos desengañados que querían vengarse de su decepción convirtiéndolo á París en un montón de ruinas; hábiles que contaban sobrevivir á la derrota demasiado prevista; artistas del mal que iban á procurarse en París, como Eróstrates en Efeso, como Nerón en Roma, un bello espectáculo, y fieras que iban á matar por matar.

Las fuerzas del ataque eran mucho más homogéneas que las de la defensa. El país se había negado á responder al llamamiento hecho á los voluntarios al principio de la *Commune* y había permanecido neutral entre París y Versalles. El ejército se halló, pues, solo en presencia de la insurrección. En este ejército, el soldado cumplía pasivamente con su deber, por disciplina y por obediencia; los jefes, en su inmensa mayoría, experimentaban esa tristeza resignada que las guerras civiles inspiran á toda persona de noble corazón. A algunos de ellos les causaba una especie de alegría feroz el luchar contra adversarios políticos; entre estos últimos se encontraban los oficiales que hicieron ejecutar al falso Billioray en el Campo de Marte, á Milliere en las gradas del Panteón y á Varlin en Montmartre.

Hubo desde luego como una infiltración lenta, pero continua, del ejército de Versalles en París; después que se hubo hecho dueño de las puertas en el interior y en el exterior, pudieron entrar grandes masas esparciéndose por las calles laterales, á fin de envolver las defensas de los federados. Los oficiales marchaban por el centro de la calle y los soldados arrimados á las casas, que registraban rápidamente cuando desde ellas se ha-

cía fuego sobre las tropas. Los muertos eran colocados bajo cobertizos ó en las entradas de las casas, con la cara cubierta de paja y una etiqueta prendida en la ropa. Por la noche, el soldado, rendido de fatiga, se tendía indiferente al lado de los cadáveres de los federados.

La batalla de los siete días, como se la llamó, llenó, en efecto, toda la trágica semana desde el 21 hasta el 28 de mayo, batalla de innumerables incidentes, de atroces matanzas por una parte y de odiosos asesinatos por otra, de múltiples teatros, como la calle Real, las Tullerías, Montmartre, la calle de San Dionisio, la plaza del Chateau-d'Eau, la calle de Monge y el arrabal del Temple; batalla en que tomaron parte todos los cuerpos del ejército de Versalles, obedeciendo á una dirección inflexible, y sólo algunos miles de defensores de la *Commune*, sin lazo común y sin obedecer más que á su fanatismo, numerosos en puntos que no tenían importancia estratégica, y reducidos á algunas unidades detrás de barricadas que defendían todo un barrio. El ejército avanzaba de un modo lento, pero seguro, y el resultado de la lucha no fué dudoso un solo instante.

La mayor parte de los historiadores han afirmado que el ejército hubiera podido evitar los incendios, salvar algunos monumentos y muchas vidas humanas, precipitando aquella lucha. No era fácil resistir á la tentación de incriminar la lentitud de los sitiadores y atribuirle los desastres por ella causados; por esto han declarado que si en la noche del domingo al lunes el ejército hubiese marchado en dos columnas por ambas riberas del Sena, no hubiera encontrado obstáculos y, apoderándose de la Casa consistorial antes de que amanece, hubiera podido impedir la última reunión de la *Commune* y desorganizar de antemano toda resistencia. Sin duda el éxito de esa marcha audaz era posible y sus resultados hubieran sido probablemente considerables; pero ¿era prudente intentarla, después de la experiencia del 18 de marzo? ¿Convenía aventurarse hasta la residencia del cuerpo comunal, á riesgo de encontrarla defendida por numerosos batallones y baterías de artillería? ¿Convenía diseminar pequeños destacamentos por ambas márgenes del Sena, en cada puente, á riesgo de ponerlos en contacto con una muchedumbre amotinada y de verlos arrollados y desarmados, como lo habían sido dos meses antes el 88.º y el 120.º regimientos?

Y una toma de posesión más rápida ¿hubiera impedido los incendios? Cabe dudarlo. Si hubiera sido posible salvar el Tribunal de Cuentas, la Gran Cancillería, las Tullerías y la Biblioteca del Louvre, hubiesen sido otros los monumentos destruidos. Hasta en los barrios conquistados se cogieron niños y mujeres petroleros, que fueron fusilados sin piedad. Las amenazas proferidas antes del 18 de marzo, la requisita de las materias inflamables operada sistemáticamente por las comisiones llamadas científicas y los siniestros pronósticos de los periódicos revolucionarios son indicios reveladores. Los partidarios de la *Commune* estaban resueltos á destruir París en caso de ser vencidos. Si los federados incendiaron la Casa consistorial, la Prefectura de policía y el Palacio de Justicia, no fué para hacer desaparecer sus expedientes; fué porque la destrucción por la destrucción entraba en el plan general de la defensa. Hubieran incendiado también el Banco de Francia y provocado un desastre mayor, si el Banco no hubiese sido

defendido por su personal, organizado militarmente; como hubieran incendiado la Catedral, si no la hubiesen protegido los internos y los médicos del Hospital de la Cité.

La ocupación tardía no provocó los incendios que estaban resueltos de antemano; pero los incendios tuvieron indudablemente por resultado el hacer desapiadada la represión y aumentar el número de las víctimas por parte de la *Commune*. Thiers estuvo bien inspirado al negociar, con algunos de sus jefes, la entrega de una de las puertas de París: quiso evitar el horror de un asalto, sabiendo que difícilmente se contiene al soldado en tan terribles circunstancias. La entrada en París, debida á la casualidad y también á Ducatel, fué una toma de posesión y no un asalto; pero después de los incendios, cuando la población alocada excitó al ejército y denunció á los culpables verdaderos ó imaginarios, cuando los rencores y las venganzas personales pudieron darse rienda suelta, la represión adquirió un carácter atroz. ¡Días sombríos, tristes recuerdos que habían de dejar fermentos de odio duradero en las almas!

XI

En la tarde del 28 de mayo, el general Mac-Mahón publicó la siguiente proclama anunciando á los habitantes de París que acababa de devolverseles la libertad: «El ejército de Francia ha venido á salvarlos. París queda libre. Nuestros soldados se han apoderado á las cuatro de esta tarde de las últimas posiciones ocupadas por los insurrectos. Ha concluído la lucha; el orden, el trabajo y la seguridad van á renacer.» En esta proclama, como en las que había dirigido á las tropas al tomar posesión del mando en jefe en el momento de entrar en París y al enterarse del derribo de la columna Vendome, como en la Memoria que había de presentar en 30 de junio sobre las operaciones del ejército de Versalles, Mac-Mahón mostró una moderación digna de alabanza. La declaración que hizo después, en 28 de agosto, ante la comisión informadora, revistió también una prudente reserva. A propósito de las ejecuciones que siguieron á la entrada de las tropas en la capital, el general en jefe declaró terminantemente que cuando los hombres deponían las armas no se les debía fusilar y que donde hubo tales ejecuciones se llevaron á efecto contra sus órdenes. El general sólo se equivocó acerca del número de estas ejecuciones, que él creía muy reducido y que, por desgracia, había sido muy considerable. También se equivocó respecto al número de insurrectos muertos con las armas en la mano desde el principio de la lucha, pues este número excedió de 17.000. En lo más recio del combate, Mac-Mahón justificó con su serena energía la confianza que Thiers había depositado en él.

En 29 de mayo, la carretera de Versalles á París por Sevres se llenó de un numeroso gentío que marchaba á la capital. A las tres, el jefe del poder ejecutivo, acompañado de los ministros, que habían asistido por la mañana á las rogativas públicas hechas en Versalles en presencia del nuncio Chigi, entró en la ciudad reconquistada á la insurrección y pasó algunas horas en el ministerio de Negocios extranjeros, en donde se había instalado el comandante en jefe. Los hombres se

descubrían al paso de Thiers; las mujeres y los niños, que acababan de salir de las casas ó de las cuevas, agitaban sus pañuelos; los soldados presentaban las armas; los bomberos, ocupados aún en apagar los incendios, saludaban militarmente; todo sin manifestaciones ruidosas, pues aquellos habitantes de París parecían sobre todo maravillados de encontrarse vivos después de aquella pesadilla espantosa de ocho días.

Al mismo tiempo, en Versalles, el duque de Audiffret-Pasquier invitaba á Ernesto Picard, ministro del Interior, á que procediera cuanto antes á las elecciones complementarias, para que la Asamblea nacional recibiese como un nuevo bautismo del sufragio universal.

La generalidad de los franceses se enteraron con satisfacción de la victoria del gobierno legal sobre el gobierno revolucionario; pero se preguntaban con inquietud si aquella victoria no iba á ser al mismo tiempo la de la Monarquía sobre la República, pues si escasas eran las simpatías que les inspiraban los hombres del comité central y de la *Commune*, pocas eran también las que sentían por los diputados elegidos en un momento de error.

¡Qué espectáculo ofrecía París después de la semana sangrienta! En el Point-du-Jour empezaba una larga serie de tejados hundidos, de paredes derribadas, de vigas ennegrecidas. En los Campos Elíseos aparecía con grandes destrozos la techumbre del Palacio de Industria. Desde la plaza de la Concordia hasta la Casa consistorial, por las tres grandes vías que conducen á la antigua casa del pueblo, no se ven más que piedras calcinadas, ruinas y escombros. Calles enteras han desaparecido. Algunos de los monumentos que embellecían este magnífico barrio yacen informes al pie de grandes muros ennegrecidos por el incendio. El ministerio de Hacienda no es más que un montón de escombros. De la columna Vendome sólo subsiste el zócalo. El esbelto palacio de la Legión de honor y el pesado edificio del Consejo de Estado han corrido igual suerte. El soberbio cuadrilátero que formaban el Louvre y las Tullerías, abierto al Norte y al Oeste, permite que se vean los dos arcos de Triunfo, el de la plaza de la Estrella y el del Carrousel, á través de las ventanas del esqueleto de las Tullerías. Más allá el Palacio de Justicia aparece maltrecho y la plaza de Greve ya no ofrece al Este la bella perspectiva de la Casa del Pueblo, pues el pueblo ha dejado destruir su morada por sus siniestros mandatarios. Una espesa nube de humo designa el sitio en que se alzó la Casa consistorial.

Y las ruinas morales son aún mayores que las ruinas materiales. En los quince primeros días de junio, el número de las denuncias enviadas á la prefectura de policía se eleva á 175.000. No son todos combatientes los que soldados y gendarmes conducen en interminables cuerdas á Versalles; entre ellos hay grupos enteros de gente del pueblo, niños, mujeres, ancianos, personas de bien designadas por ruin venganza. Sin duda serán puestas en libertad tan pronto como hayan sido identificadas sus personas; pero nadie les indemnizará del interminable calvario pasado en el camino de París á Versalles, donde recibieron los insultos más soeces de aquella misma muchedumbre que el día antes asistía indiferente ó regocijada á las hazañas de las petroleras.

El día 1.º de junio París fué dividido en cuatro gran-

des distritos militares: el del Este, al mando de Vinoy, con el ejército de reserva y el cuartel general en Picpús; el del Noroeste, al mando de Ladmirault, con el 1.º cuerpo y el cuartel general en el Elíseo; el del Sur, al mando de Cisse, con el 2.º cuerpo y el cuartel general en el Pequeño Luxemburgo; y el del Centro, al mando de Douay, con el 4.º cuerpo y el cuartel general en la plaza de Vendome. Al día siguiente, la guardia republicana compuesta de dos regimientos divididos en dos batallones y cuatro escuadrones cada uno, formaba un total de 6.110 hombres. Dos meses después pronuncióse la disolución de todas las guardias nacionales de Francia; la de París quedaba disuelta de hecho desde el 29 de mayo.

Día y noche circulan por la ciudad patrullas de caballería. Todas las casas son registradas de arriba abajo por la policía y por la tropa en busca de federados. Los cafés y las tabernas se cierran a las once de la noche por orden gubernativa. Interrumpese la venta ambulante de periódicos y bagatelas. Los papeles públicos no pueden publicarse sin la autorización del comandante en jefe del ejército de París. Los teatros no funcionan. Hasta el 3 de junio se necesita un pase de la autoridad militar para entrar ó salir de París. El movimiento del inmenso organismo de la capital se halla como paralizado. ¡Qué contraste entre el mes de junio de 1871 y los meses anteriores! Los únicos guardias nacionales que se ven y que designa un brazal tricolor, son los que prestaron su concurso al ejército para el restablecimiento del orden; los fusiles, en número de 450.000, han sido entregados en las alcaldías y depositados luego en los arsenales; los uniformes y los kepis que pueden determinar persecuciones han desaparecido como por encanto.

Pero la gran ciudad no tarda en revivir con la misma fiebre que antes del sitio. A partir del 3 de junio, la supresión de los pases restablece las comunicaciones, más numerosas que nunca, entre las provincias y la capital. Los tribunales reanudan sus audiencias. Abrense los cursos de enseñanza superior; los de segunda enseñanza, en los establecimientos que no han sido convertidos en ambulancias, no han cesado nunca enteramente, pero sus 6.000 alumnos han quedado reducidos á 1.000. Créase una comisión encargada de reconstituir las partidas de registro del estado civil. La población laboriosa y patriótica de París se reúne con la masa curiosa en los funerales reparadores del arzobispo, de Chaudey y de los rehenes, en las taquillas de suscripción para el empréstito de dos mil millones y en la revista de Longchamp del 29 de junio. Este gran espectáculo militar fué verdaderamente hermoso. En presencia del enemigo, que aún ocupaba el Norte y el Este de París, en presencia de los representantes del extranjero, en presencia de los mandatarios de toda Francia, Thiers asistió al desfile del ejército repatriado de Alemania reconstituído en pocos días, habiendo triunfado allí donde habían fracasado los prusianos, dos veces más numerosos, y probando, con su corrección y con su disciplina, que sabría defender el orden republicano y la nación regenerada. Después del desfile y en medio de los aplausos de los que ocupaban la tribuna oficial y de las aclamaciones del público, Thiers cayó llorando en brazos de Mac-Mahón.

El empréstito de dos mil millones, que fué cubierto dos veces y media, el de la ciudad de París, que lo fué diez y seis veces, y la obligación de pagar á Alemania el primer plazo de la indemnización de guerra, no ocasionaron la escasez de dinero que se temía. La creación por el *Comptoir d'escompte* de cupones de uno, dos y cinco francos, facilitó extraordinariamente las pequeñas transacciones. La crisis financiera que la inmensa traslación de capitales hubiera podido producir durante los últimos meses de 1871, fué conjurada, y el mundo admiró el poder del crédito y la vitalidad de Francia, salida apenas de la guerra civil y atormentada aún por todas las incertidumbres del porvenir. Justo es reconocer que el desarrollo dado por el Imperio á la fortuna pública durante los últimos veinte años había contribuido á producir tales resultados.

Las elecciones complementarias de París, que se verificaron el 2 de julio, fueron una sorpresa para todo el mundo, como lo fueron también las de provincias. La capital, que en febrero se había mostrado mucho más avanzada que el resto de la nación, lo fué mucho menos en julio. París elegía 21 diputados y únicamente triunfaron 5 candidatos republicanos, entre éstos Gambetta. Los otros 16 candidatos de la *Unión de la prensa* pertenecían al partido conservador, pero estaban decididos á sostener la política de Thiers. El jefe del poder ejecutivo fué, en París al menos, el único vencedor de la jornada electoral. Victoria poco gloriosa, después de todo, puesto que de los 458.774 electores inscritos, sólo votaron 290.823. Los 50 ó 60.000 electores que hubieran podido asegurar el triunfo de la candidatura republicana pura habían huído ó estaban presos, unos en Versalles y otros en los pontones; muchos de los que conservaban su libertad se abstuvieron de votar por evitar que se les formase causa ante los consejos de guerra.

Las elecciones municipales del 23 de julio no fueron menos satisfactorias desde el punto de vista de la República conservadora. Entre los nuevos concejales figuraban los Sres. Bouruet-Aubertot, Vautrain, Dubief, Depaul, Binder, Saglier, Christoffe, Trelat, Leveillé, Beudant, Riant, Mottu, Lockroy, Ranc, el doctor Blanche, Clemenceau y Metivier. De éstos había apenas uno ó dos que pudiesen asustar á los adversarios más fanáticos de la capital.

A pesar de las repetidas pruebas de sensatez que París acababa de dar, la mayoría monárquica seguía siéndole apasionadamente hostil y rechazaba sistemáticamente todas las proposiciones encaminadas á la vuelta de la asamblea al Palacio Borbón. En vano decía Thiers con su buen sentido familiar: «Os desafío á que hagáis funcionar la administración financiera de Francia fuera de París;» la asamblea hacía oídos sordos á todas las adjuraciones. Luis Blanc afirmaba no ser cierto que París inspirase recelos á Francia. «El hecho es que París, decía, es un gran laboratorio de ideas y es tal porque Francia le envía incesantemente todas las inteligencias activas que contiene.» Los conservadores interrumpían á cada frase el discurso de Blanc. Cuando éste recordaba los servicios que París había prestado á la civilización y el reflejo de gloria que su heroísmo arrojó sobre los últimos reveses de Francia, partían rumores negativos de todos los bancos de la derecha,

La ley del 8 de septiembre fijaba en Versalles la residencia de la asamblea nacional, del jefe del poder ejecutivo y de sus ministros. Las tres cuartas partes de los diputados de la mayoría, habían establecido allí su residencia particular, «por temor al foco de ebullición apenas enfriado que se llamaba París.»

El 20 de septiembre, los alemanes evacuaron, además de los fuertes de la capital, los cuatro departamentos del Sena, Sena y Oise, Sena y Marne, y Oise. Entregada á sí misma, bajo el régimen del estado de sitio que sólo se manifestaba por la supresión caprichosa de ciertos periódicos ó la prohibición de venta ambulante, la gran ciudad curaba sus heridas, refrescando su sangre, y, en 27 de octubre, cubrió diez y seis veces, por sí sola, el empréstito municipal. El recuerdo de los dos sitios se borraba poco á poco, siendo cada vez más raros los accesos de la antigua locura obsidional. Estos accesos hubieran complicado singularmente la tarea del gobierno, como lo hizo una decisión tomada en 24 de noviembre por el jurado del Sena. La absolución de un acusado que había dado muerte á un soldado alemán, absolución que sucedía á otra pronunciada por el jurado de Sena y Marne, tuvo por consecuencia la intervención de los alemanes en las riñas en que intervenían franceses. Usurpando las funciones de los jurados y de los tribunales del país, el enemigo citó ante sus consejos de guerra á los franceses acusados de homicidio y los hizo pasar por las armas.

La arbitrariedad absoluta que presidía á las medidas tomadas contra la prensa, en los departamentos sometidos al estado de sitio, no era propia para facilitar las relaciones entre Francia y Alemania. Durante el primer sitio, la prensa había gozado de una libertad sin límites. Durante el segundo, la *Commune* agonizante había suprimido, con el pretexto de salud pública, todos los periódicos de oposición, sin distinción de partidos. La asamblea nacional, con la ley de 15 de abril de 1871, volvió á poner parcialmente en vigor la ley de 27 de julio de 1849 sobre los delitos de imprenta y las disposiciones de la ley de 1819 que permitían, ante el jurado, la prueba de la difamación respecto á los funcionarios públicos, por actos relativos á sus funciones; además, en contra del decreto de 27 de octubre de 1870, devolvió á los tribunales correccionales la facultad de conocer en los delitos contra la moral pública cometidos por medio de la imprenta. En 6 de julio de 1871, una segunda ley había abrogado el decreto del gobierno de la Defensa nacional correspondiente al 10 de octubre de 1870 y restablecido la fianza de los periódicos políticos, que había hecho extensiva á todos los escritos periódicos, aunque no fuesen políticos, siempre que viesan la luz pública más de una vez por semana. Esta fianza variaba entre 3.000 y 24.000 francos. Como este régimen de la ley del 6 de julio no era aplicable á París, el gobierno hacía uso de las rectificaciones publicadas por el *Diario Oficial*, donde con frecuencia se insertaban largas notas que nadie leía y de las cuales no hacía caso alguno el periódico aludido. La suspensión ó la supresión eran armas más eficaces, pero de que no era posible usar con demasiada frecuencia. Thiers era un liberal demasiado antiguo y demasiado sincero para no comprender el apoyo que podía encontrar en una prensa formal, y entonces fué cuando

con su asentimiento se fundó, en 5 de noviembre de 1871, *La République Française*, que venía á ser el *Journal des Débats* de la democracia, redactado por Spuller, Challemel-Lacour, Isambert, Allain-Targé, Paul Bert, Ranc, Luis Combes, Barrère, Freycinet, Proust, Girard de Rialle, Colani, Marcelino Pellet, Thomson, José Reinach y Depasse, que formaban, bajo la dirección de Gambetta, una falange estrechamente unida, algo más inquieta que su jefe de las astucias de Thiers, algo menos convencida que él de la utilidad de las concesiones oportunas, pero que había de disciplinarse y marchar con prudencia y resolución hacia su objeto. Gambetta disuadió á su partido de la huelga política á que se sentía inclinado por tradición y por sus recuerdos históricos; quería que los republicanos trabajasen, hasta en presencia de una asamblea hostil y de un poder ejecutivo sucesivamente complaciente y receloso, en la reorganización nacional.

En tales condiciones terminó para París el año terrible de 1871. Los tres primeros meses del año siguiente, aparte de las proposiciones de vuelta á París, siempre desechadas, y de la elección de Vautrain, presidente del Consejo municipal, contra Víctor Hugo, ofrecen un solo acontecimiento sensacional: el proceso del general Trochu contra *Le Figaro*, que empezó el 27 de marzo para terminar el 3 de abril con la condenación por ultraje del director del periódico, Sr. de Villemessant, y de su redactor Sr. Vitú. Seis semanas antes, la ley de 12 de febrero de 1872 había abrogado la disposición del decreto de 12 de febrero de 1852 que prohibía el dar cuenta de los procesos de imprenta.

El proceso del *Figaro* hizo revivir las pasiones que habían agitado los ánimos durante el primer sitio. Trochu pronunció una defensa que es un modelo de elocuencia judicial, como sus dos discursos del mes de junio en la asamblea son modelos de elocuencia política. El gobernador de París hablaba mejor que todos los abogados que lo rodeaban y escribía tan bien como los mejores publicistas. ¡Lástima que el hombre de acción no se hubiese mostrado á la altura del orador, del escritor y del táctico! Trochu era un soldado místico, que creía en los milagros de Santa Genoveva, pero no en los milagros del patriotismo. Desde el primer día del bloqueo, abrigó la convicción de que París no podía romper el cerco ni ser libertado por los ejércitos de provincias, y esperó, con la resignación de un fatalista, tan desdeñoso de las calumnias de los partidos como de las balas del enemigo, la hora fatal de la capitulación. Después de esta capitulación, enviado á la asamblea nacional por varios departamentos, defendió sus actos con una dignidad suprema, pidió justicia al jurado del Sena contra ataques demasiado ultrajantes, y después de haber obtenido esta justicia, abandonó la escena política para vivir en un retiro absoluto.

En los trágicos acontecimientos de 1870 y 1871 no hubo quizá figura más eminente, ni más original, ni más digna de respeto que la del general Trochu; pero tampoco hubo, en la situación creada en Francia por las faltas del imperio, un jefe menos á propósito para trocar los desastres en victoria. Y á pesar de todo, después de comparar á Trochu con los que le rodeaban, después de considerar la elevación de su alma y la digni-

dad de su conducta, se siente uno tentado de decir que valió más que todos ellos.

La asamblea nacional, que detestaba en Trochu al miembro del gobierno de la Defensa nacional, no había escatimado los aplausos al católico. La pasión religiosa fué la pasión dominante de los hombres que la imprevisión del cuerpo electoral eligió en febrero de 1871. Elegidos como partidarios de la paz, resultaban por añadidura partidarios de la monarquía y de la Iglesia, y firmada la paz, trataban de derribar la República para restaurar el trono afianzado sobre el altar. En esta tentativa, sin cesar reanudada y que abortaba sin cesar, iban á encontrar un obstáculo insuperable, aparte de las repugnancias del país y la oposición del jefe del poder ejecutivo: este obstáculo era la inflexibilidad del conde de Chambord, que no quería renunciar á la bandera blanca para convertirse en rey legítimo de la Revolución. La presencia del príncipe de Joinville y del duque de Aumale en la asamblea nacional no aporta fuerza alguna á los representantes de la monarquía. Los Orleans podrán reconciliarse con el jefe de su familia y obtener en recompensa la restitución de sus bienes de que les despojó cínicamente el soberano caído, pero perderán en popularidad lo que ganen en riquezas, y para los legitimistas puros serán hijos y beneficiarios de esa Revolución con la cual repudia el conde de Chambord toda solidaridad.

Mucho antes de que el Sr. Giraud, diputado por el Vandeado y mandatario de los príncipes de Orleans, propusiese en 8 de junio la abrogación de las leyes de destierro, el Sr. Bocher instaba al jefe del poder ejecutivo para que consintiese en la vuelta de dichos príncipes á Francia y en la validación de sus actas de diputado. «Presentarán su dimisión, decían, además de Bocher, los señores de Broglie, de Audiffret-Pasquier, Casimiro Perier y Vitet, y se comprometerán á no volver á aceptar ningún cargo electivo.» Thiers acogía estas proposiciones con mal disimulada impaciencia. Vencida la *Commune*, hubo al fin necesidad de abordar esta delicada cuestión, y el jefe del poder ejecutivo lo hizo con rara franqueza, pues repitió en la tribuna, con algunos miramientos de pura forma, lo que había dicho en los pasillos á los partidarios de los príncipes y en el seno de la comisión de abrogación á los individuos de la misma: «Estáis locos; vais á provocar la guerra civil. Y el empréstito de dos mil millones, ¿cómo queréis que lo haga yo en medio de las agitaciones estériles de los partidos?» El discurso de 8 de junio puso hombres y cosas en su lugar. Los príncipes de «la Casa de Francia» volvieron á Francia y los que les habían abierto otra vez las puertas de la patria consideraron su triunfo como la victoria de la fusión, puesto que la ley de abrogación únicamente había hablado de los príncipes de la casa de Borbón, sin hacer distinción alguna entre sus dos ramas.

El país tampoco distinguía, y enterado por Thiers, cuyo discurso había disipado las tinieblas, sentía la misma aversión por los aparecidos de 1815 que por los renegados de 1830. En cuanto á la fusión, estaba menos adelantada de lo que se creía. En 30 de junio, el conde de París había manifestado al representante del conde de Chambord, en Versalles, que estaba dispuesto á ir á ver al jefe de su casa. El conde de Chambord

contestó con evasivas, aplazando la visita para fines de julio y fijándola en Brujas. A principios de julio, el conde de Chambord llegó á París de paso para Chambord, donde recibió una embajada compuesta de los señores de Maillé, Gontaut-Biron, La Rochefoucauld-Bisaccia y Dupanloup, encargados de preguntarle qué bandera contaba dar á Francia. La contestación del conde de Chambord, hecha pública por el manifiesto de 5 de julio, fué transformada por los hábiles del partido, señores de Larcy, Cumont y Falloux, en una nota ambigua en que se decía que el conde de Chambord era dueño de sus inspiraciones personales y que los hombres adictos á la monarquía hereditaria no se separaban de la bandera que Francia había elegido.

Este primer fracaso de la fusión no dejó de influir en la adopción de la ley constitucional de 31 de agosto, y esta ley fué el pretexto invocado por los príncipes para faltar á la palabra dada á Thiers. En 19 de septiembre la asamblea declaró que confiaba en la conciencia de los príncipes, y al día siguiente los príncipes asistieron á la sesión. La primera vez que el duque de Aumale se presentó en la tribuna fué para oponer la bandera tricolor á la bandera blanca del conde de Chambord. Los republicanos, que habían abierto á los príncipes las puertas de la patria y validado sus actas de representantes del pueblo, habían de votar un año después la abolición de la ley de confiscación. Thiers, más político que la mayoría de la Cámara, hubiera querido conservar «las leyes de precaución,» como hubiera querido conservar, al decir de algunos, los 40 millones que representaban los bienes confiscados, para emplearlos en construir un vasto campo atrincherado á las puertas de París.

En medio de las intrigas parlamentarias, la derecha permanece dividida en tres grupos que, en la imposibilidad de restaurar el trono después de la *Commune*, tratan de imponer al gobierno una política reaccionaria y clerical. Los obispos de Ruán, Sées, Coutances, Evreux y Bayeux habían presentado una petición reclamando la intervención del gobierno para el restablecimiento del poder temporal del papa. Esta petición se discutió el 22 de julio, y con un elevado espíritu de tolerancia y un profundo respeto del sentimiento religioso, Thiers hizo prodigios de elocuencia y de tacto para quitar á la petición toda significación agresiva contra el gobierno italiano, llegando al extremo de acusar al Sr. Keller, tan buen patriota como detestable político, de ser el porta voz de la discordia; pero no pudo impedir que la petición de los obispos fuese remitida al ministro de Negocios extranjeros. La alianza italiana había dejado de existir. La joven monarquía de allende los Alpes, amenazada en su capital, amenazada en su unidad por las pasiones ultramontanas de la asamblea nacional, iba á inclinarse cada vez más hacia Prusia hasta formar parte de la Triple Alianza.

Fué principalmente por espíritu de reacción contra la política poco franca de Napoleón III con la Santa Sede, que la mayoría manifestó en pro del poder temporal y en pro del papa infalible aquella simpatía activa y aquellas veleidades de intervención que en el ánimo de los individuos del centro derecho no era ciertamente más que un respeto platónico. El odio al imperio era entonces general y la asamblea aplaudía uná-

me las elocuentes diatribas del duque de Audiffret-Pasquier contra el triste vencido de Sedán ó sus virulentos ataques contra el príncipe Napoleón.

Toda la asamblea era entonces descentralizadora y liberal, también por espíritu de reacción contra el Imperio; tanto, que el jefe del poder ejecutivo tuvo que apoyarse en los republicanos, al discutirse las leyes municipal y departamental, para salvar el principio de au-

terior. La elección se verificaba por medio de lista de candidatos, con la posibilidad de dividir el distrito municipal en secciones. Nadie era elegible si no llevaba por lo menos un año de residencia en el país, y al menos una cuarta parte de los concejales habían de residir en el distrito; los demás habían de estar inscritos en el padrón de una de las cuatro contribuciones directas. La duración del mandato, que la ley de julio de 1870



El general Chanzy

toridad que la derecha hubiera sacrificado fácilmente en su corto, pero vivísimo fervor de neófito.

En la discusión de la ley municipal, el disenso entre la asamblea y Thiers no se produjo sino respecto á la elección de alcaldes. El Imperio nombraba para estos cargos á individuos que no formaban parte del Consejo municipal, en lo sucesivo los nombramientos tuvieron que recaer en concejales. Considerándolos exclusivamente como delegados del Estado, el Imperio los nombraba á todos. La República, teniendo en cuenta su doble función de delegados del Estado y de representantes del municipio, hubiera querido que fuesen elegidos todos. Para transigir, se concedió á Thiers la facultad de nombrar los alcaldes de las capitales de departamento, de las cabezas de partido y de las poblaciones de más de 20.000 habitantes. La ley municipal de 14 de abril de 1871, aunque menos completa que la que iba á ser votada diez años después, realizaba un importante progreso sobre la legislación municipal an-

había fijado en cinco años, quedaba reducida á tres. Todos los alcaldes y concejales, de elección ó de nombramiento, eran destituibles por decreto, y después de la destitución, inelegibles durante un año.

París fué sometido á un régimen especial, con un consejo municipal de sesenta miembros elegidos por sufragio universal, un presidente elegido por el mismo consejo y un alcalde y varios tenientes de alcalde nombrados por el gobierno en cada uno de los veinte distritos. El consejo municipal de París tiene su período de sesiones de igual duración que los demás consejos, salvo el reservado á los presupuestos, que dura seis semanas. Las deliberaciones tomadas fuera de las atribuciones del consejo son anuladas por decreto. Los alcaldes y tenientes nombrados en los veinte distritos no pueden formar parte del consejo municipal.

La ley orgánica departamental, conocida con el nombre de ley Waddington, es mucho más liberal; es el único acto de verdadera descentralización que se encuen-